

Me acompaña Dios: algunas reflexiones bíblicas para el acompañante

Jorge Leignadier

1. Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas.
2. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo (Heb 1).

La Sabiduría Popular respaldada por la Revelación Bíblica

“Que Dios te acompañe” es un deseo, casi una bendición, con la cual los amigos o conocidos se despiden coloquialmente, en el curso de la vida, según una costumbre o tradición popular, entre nosotros los hispanoparlantes, al menos.

Denota una sabiduría y profundidad humano-religiosa, pues capta un aspecto que la revelación bíblica pone de relieve a todo lo largo de las escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento.

La despedida en estos términos implica el interés para que el bendecido o bien dicho no emprenda el camino solo, expuesto a no se cuál peligro o riesgo, exponiendo también la conciencia de nuestra fragilidad asediada por mil circunstancias potencialmente adversas y que operan sin nuestro control.

Igualmente evoca la imagen de un Dios que se complace en hacer compañía, quien no permite la soledad y el abandono de los a El confiados. Es una imagen que dice cercanía, intimidad, cuidado, aseguramiento y cuyo significado especial consiste en el valor de

* Profesor Titular de la Universidad Católica Santa María La Antigua de Panamá. Colabora con clases de Biblia en el Noviciado San Ignacio de Loyola y es tutor del Diplomado-Maestría en Educación y Aprendizaje de la Universidad Rafael Landívar.

alguien con el que se puede contar, y que no abandonaría a quien se acompaña por ningún motivo, aunque no se lo pidan.

No podemos decir que ésta sea la única imagen que se nos ofrece en la Biblia sobre el modo de operar y ser del Dios revelado, porque se dan tradiciones que se centran en la Santidad alejada e incontaminada o en la trascendencia inspiradora de terror, incluso en el Nuevo Testamento, ya que hasta en los relatos del Resucitado se describe la intimidación de los que padecen el encuentro, de modo que en boca del Resucitado se dan palabras de tranquilidad y apaciguamiento del temor.

De acuerdo a la tradición Yavista¹, y en base a los estudios especializados, un esquema al que se ajusta la imagen del Dios del Pentateuco es la del cercano, del amistoso, del antropomorfo que se pasea al atardecer con la primera pareja humana (Gn 3,8). Esta tesitura parece recogerse más espiritualizada en las tradiciones deuteronomicas y en algunos profetas que insisten en la dilección de Dios por su pueblo. (Deut 6,5.8).

Pero es en el Jesús de Nazaret, en el NT, donde esa cercanía parece llegar hasta el límite de lo aceptable e imaginable, porque los textos pugnan por asegurar que en esa carne de Jesús está Emmanuel (Mt 1,21-23) y que ya por fin, no nos dejará contra toda apariencia de abandono. Así: “me acompaña Dios”.

Las modalidades del acompañamiento de Dios

La visión bíblica es diferenciada en la descripción o mostración del Dios que nos acompaña, desde la creación.

Tal aparece en 1Re 19,11-13 cuando Elías conoce diversas manifestaciones telúricas, tenidas culturalmente por divinidades, hasta que reconoce la apropiada y pertinente de Yavé-Dios. Ante esta serie de teofanías aparentes, cada una con su peculiaridad, el texto muestra la

¹ Actualmente el consenso que se tenía de la Hipótesis Documentaria ha ido cambiando. Actualmente se plantean algunos estudios el énfasis, más bien, en el redactor deuteronomista y el sacerdotal en los siglos VII y VI a.c. respectivamente. Sin embargo estos estudiosos no niegan las tradiciones más antiguas, sino su carácter de documento. En *La Biblia y su Cultura, Antiguo Testamento 2002* (traducción de *Le Bible et sa Culture 2000*), Editorial Sal Térrea, pp146.149

vitalidad y omnipresencia de la única divinidad, quien no cesa de estar entre los hombres.

En todo momento la nota sostenida es cierta predisposición al encuentro, casi se puede decir, al acoso de sus criaturas humanas, a las que no se cansa de prometer, visitar, enviar, elegir, probar, fascinar.

En Abraham se muestra como si fuera alguien emboscado, quien en medio del camino asalta su credulidad y lo halaga con promesas que derriten al anciano: tierra, fertilidad, rescatar a su mujer de la vergüenza de la esterilidad, lograr para su hacienda transhumante una tutela divina itinerante (Gn 12,4).

Con Isaac se involucra en un casamiento para el que elige la mejor candidata a esposa con el fin de asegurar la estirpe (Gn 24). Como un supervisor de las etapas de un plan operativo, para que nada quede suelto, ni descuidado, de manera que todo vaya de acuerdo al diseño.

En Jacob, influye su ingeniosidad con una potencia de recursos de astucia, para que todo lo emprendido produzca fruto (Gn 30,37-43). Una lucha cuerpo a cuerpo, donde Él hubo de reconocerlo como muy fuerte y otorgarle un nombre: Israel, para que lo dejara partir al alba, lo manifiesta como apasionado por la relación con este patriarca (Gn 32,25-30).

Este Dios bíblico, se empeña en tener Él la iniciativa del acompañamiento, pero también a veces encuentra algunos que le desafían malamente, y que no le dejan ni respirar y tiene que hacer algo para soltarse y hacer brillar el señorío y libertad propios de su autonomía (Is 1,14; Mc 8,12).

Un trato tan intenso y apasionado, tiene diferentes valencias, dependiendo del rol que se asuma dentro del diseño pensado por El para todo.

Así en la saga del Éxodo, guarda hacia Moisés una liberalidad semejante a la que tuvo con sus antecesores, pero con Faraón la cosa cambia: no le dirige la palabra, sino que debe escucharlo a través de boca de su profeta.

Pero además, lo pone todo tan difícil, ubicándose de parte de la gente a la que Faraón no aprecia mucho: esos *hapiru*. Se dedica a torturarlo con plagas sin hacer caso de su arrepentimiento, más bien endureciendo su corazón, precisamente quien había negociado con

Abraham hasta por 10 justos, en el asunto de Sodoma y Gomorra (Gen 18,24-33).

Es como el clímax de una tragedia que supera la griega: Faraón no puede echar para atrás, aunque su Reino caiga a pedazos.

Y definitivamente, cuando se le concede aceptar y recuperar la sensatez, retorna la obsesión, retomando la persecución y acabando - según la novela épica - destrozado con su ejército en el mar.

Dios con unos está salvando y con otros obstinando, aunque esto suena a nuestros oídos actuales yuxtapuesto, ilógico, pueril, caprichoso ...onírico diríamos.

Las voces del silencio acompañan los profetas

Venían en tropel bullicioso y energúmeno, cantando y danzando, con un entusiasmo frenético. Así - clamaban - exponían la presencia en sonoridad de Dios y alentaban a creer el oráculo, prodigando tales signos de legitimidad. Era un fenómeno contagioso, pues hasta Saúl se contamina, cuando lo habían ungido rey. Un trastorno de espíritu que cambiaba el corazón (1 S 10,5-12).

Desde entonces la voz de los profetas va haciéndose cada vez menos colectiva y más unipersonal, sin muchos signos de estridencia, pero sí ayudada con gestos anticipatorios y enigmáticos que impresionan y llevan a preguntarse, sobre el significado, a los que ven y escuchan (Is 8,1-4; Os 1,2; Am 7).

No hemos de pensar que en esa sociedad patriarcal la voz es sólo asunto de varones, pues también entre las mujeres surge el ímpetu de Dios (Ex 15,20; Jue 4,4; 2R 22,14). Incluso en el NT tenemos el caso de Ana (2, 36).

Voz que denuncia, increpa, reitera, seduce, ruega, se arrepiente de lo actuado: persistente acompañar a un pueblo, bastante indócil, rebelde, que cansadamente pide perdón tras las catástrofes, y cuya conversión parece volátil y efímera.

La expresión de Jesús, profética también, modula como voz que enseña, denuncia, confronta y anuncia, que recuerda y actualiza las tonalidades de la voz de Yavé en los profetas de Israel. En su caso y a través de él también hay un recordar las escrituras (Lc 4,17-19), unos gestos que anuncian como en acertijo, que algo va a suceder (Mc 11,21).

Como Él ha convivido y cohabitado en los acontecimientos, los que se pueden recoger en una narración, de manera que arranque la confesión de los creyentes por sus maravillas y su gloria, también alienta en las personas: hombres y mujeres, que designa y convoca, para que hablen en su nombre, y en los cuales manifiesta su cercanía y predilección.

Desde la creación, la *ruah* de Dios ha venido poniendo orden al caos, dando vida y posibilitando la vida. Ha intervenido incesantemente desde su silencio en la voz de quienes pronuncian sus oráculos y busca la respuesta que logre la comunicación plena con Él.

En Jesús esta comunicación se logra, en la medida que su conciencia manifiesta que está en plena sintonía con el Padre (Lc 10,22). En él la voz, presencia y compañía de Dios Padre estalla en todos los registros posibles sobre el acompañamiento de Dios a su criatura, a su creación... y a su caos también. Porque la salvación ofrecida con tenacidad mira al caos para que deje de serlo. Es la predilección por los pequeños, los sin voz, los débiles... los pobres pecadores (Mc 2,17).

Una vez que en Israel pidieron a un rey, como los demás pueblos (1 S 8,6-9), Dios se lo concede, aunque El nunca dejará de serlo...pues el monarca es sólo su visibilidad. Entonces también podemos inferir: quienes prestan su voz a Yavé lo hacen para que El siga en compañía, con hechos y palabras humanas inteligibles, mas no para retirarse a un sábado distante e inactivo. Lo que implica que el sábado no es un descanso sin obras.

Igualmente podemos inferir que en Dios la compañía visibilizada en hombres y mujeres matiza lo de Padre, con una nota de maternal cuidado (Is 49, 15). Un complemento al cuidado que Dios muestra como dueño de todo, y que suaviza su tierna relación, y la sensibilidad que muestra a la precariedad de sus pequeños. No es por menos que en NT María, la Madre de Jesús, no cesa de acompañar a su hijo (Lc 2,33.51; Jn 19,25-27; Hch 1,14). Y es cedida por éste para continuar la compañía de los suyos, consolidados en Pentecostés como sus seguidores.

La multiforme compañía del Señor a lo largo de la historia de salvación para expandir su reino y domeñar el caos, no es sustituida sino asistida por los intervinientes que prestan su voz y sus gestos. En Jesús, creemos, este acompañamiento se hace espíritu encarnado para siempre.

Aprender del Dios que me acompaña

Se llega a tener la impresión de que el Dios Yavé bíblico es como un director de algo: cine, teatro, orquesta... A la vez que enseña por partes un plan, un diseño, entra en el mundo para actuar. El también como quien modela lo que y cómo hacerlo.

La mostración del Dios Padre-Madre bíblico se ofrece en estilos de conducta de acompañamiento, los cuales denotan disponibilidad y sensibilidad a la voz humana, sobretodo la afligida y expuesta a la injusticia. Es el clamor del caos, insoportable para un creador, que organiza y dispone todo para que se desarrollen a plenitud.

¿Por qué el caos incide insidiosamente y tenazmente en una obra de dominio vivificante y pacífico? (Job 1,6-12)

En el diálogo con el acusador, quien parece un psicoanalista en busca de las motivaciones ocultas de Job para hacer lo que hace: ser justo; Dios accede –casi con orgullo– a que sea sometido a prueba porque confía que Job la superará, y El se llenará de gloria, porque se demostrará que su siervo es un justo de tomo y lomo, y no por recompensas.

¡Vaya riesgo que se tomó Dios! Nuestra mentalidad de suspicacia estará estremecida con un desafío de este calibre. Casi apostaríamos que Job cae. Así de dominada está nuestra percepción sobre la conducta humana por considerarla una espúrea resultante de motivaciones inconfesables enmarañadas.

Hete aquí que son dos los acompañantes permanentes en nuestro diario vivir, un sostenedor de la vida, de un proyecto de creación, y un acusador que pretende volver al caos ese proyecto, parapetado en la acusación de que somos hipócritas y que Dios realmente no nos interesa ...

Más aun en este trance, de dudas sobre las intenciones de Dios (Gn 3,4-5), sobre la bondad de lo creado, se postula la adhesión del crucificado como la respuesta que no pudimos y no podríamos dar, si todo quedara en nuestras manos (Mc 15,39).

Es el clímax del acompañar de Dios en su unguento a nuestro itinerario para mantener la vida y no el caos de la muerte.

Unas derivaciones...

El acompañamiento espiritual en el que nos vemos comprometidos algunos creyentes, como respuesta a un carisma o llamado, interpretado como voluntad de Dios, y a favor de nuestros hermanos y hermanas creyentes que aspiran a contar en su itinerario vital y pneumático con un apoyo, guía, orientación y demás, debiera partir de una conciencia muy lúcida sobre la relevancia y pertinencia de este servicio.

Quienes confíen en nosotros para este menester no son huérfanos ni abandonados de la mano de Dios, mas todo lo contrario. Están sostenidos por el Dios de la vida, quien en ningún momento los abandona.

Por lo tanto nuestro servicio es una asistencia a este acompañamiento con el que ya cuentan.

Es más, esta asistencia es para la consolidación del acompañamiento del Espíritu, que sigue aleteando sobre el caos. Dispensamos y ministramos en función de quien tiene todo en sus manos.

Sin embargo, no podemos evadir que este acompañamiento que brindamos como un complemento tiene un anti-acompañamiento, un acusador, una prueba. La instancia que constantemente hace trastabillar nuestra la buena intención, en la confusión y complicidad posible de las motivaciones oscuras.

Es el nuestro un acompañamiento para el discernimiento, el examen y la purificación, maduración y plenificación de la conciencia integral del creyente.

Nuestro aporte es a favor del crecimiento de la buena intención, una experiencia vital que se nutre de la bienaventuranza sobre los limpios de corazón que verán a Dios (Mt 5,8). El crecimiento de la buena intención no debe ser la evasión del intimismo y esterilidad del mero buen deseo, sino la brega en un esfuerzo espiritual integral de fe y justicia, para que se declaren las intenciones de los corazones (Lc 2,34-35).

Por fin, nuestro aporte no es un conquistar evangélico en tierra de infieles, porque ellos están acompañados y más bien de su Espíritu

hemos de beber. La escucha paciente y sencilla de esos corazones nos brindará la ruta de salida, el éxodo y el caravaneo para culminar en la transfiguración y transformación de todo.

Nada de esto podremos ofrecer si nosotros mismos no confiamos en el acompañamiento fiel del Creador y Redentor, quien es mayor que la prueba del Acusador. Esta confianza habrá de estar en pie, como resultante del combate, la vigilancia y el escudriñar. Lo cual forma parte del conjunto del carisma de acompañantes espirituales que hemos de agradecer siempre.

La ética propia de las intervenciones de un acompañante, gozará siempre de buena salud si se nutre de este modelo que es el mismo Dios.